

## LO HUMANO EN ALEIXANDRE

La generación de la literatura universal que comenzó a publicar sus obras hacia finales de la Primera Guerra Mundial y en los años posteriores a ésta—es decir, en los años alrededor de la muerte de Apollinaire—estuvo emparentada, por decirlo así, por un acontecimiento común, por el de la Primera Guerra Mundial. El acento recae aquí en lo *mundial*. En el hecho de que no se trató ya de una guerra de carácter local, sino que se extendió a toda la humanidad, incluso a aquellos que—debido a un excepcional favor de la suerte—estuvieron alejados de ella.

Los miembros de esta promoción—con todo lo diferentes que hayan sido entre sí—pertenecían a un sistema de valores muy parecido, nacieron en los más diferentes puntos de la tierra y—entre los más viejos y los más jóvenes de sus miembros—podía haber diferencias de diez a quince años.

Veamos una lista un tanto arbitraria y, sobre todo, incompleta. A César Vallejo, nacido en 1892, le siguen Mayakovski, Eluard, Tzara, André Breton, Dos Passos, Aragon y Faulkner. El año 1898 resultó especialmente afortunado, puesto que en él nacieron Brecht, Hemingway y dos españoles: García Lorca y Vicente Aleixandre. Pero pertenecen a esa misma generación Malraux y Neruda, nacidos ya en el siglo XX, así como Solojov, el húngaro Attila József y Jean-Paul Sartre, nacidos estos tres últimos en 1905.

A todos ellos se refiere la definición de Malcolm Cowley, si bien restringe bastante los límites de las fechas de sus nacimientos: «Los afortunados—dice—, los que nacieron un poco antes del final del pasado siglo, digamos entre 1895 y 1900, tuvieron la sensación, durante toda su vida, de que el nuevo siglo les había sido confiado a sus cuidados.»

Tomaron la pluma, con intención de transformar el mundo, hasta aquellos que no habían vivido directamente la Primera Guerra Mundial y las revoluciones posteriores a ésta. Y tomaron la pluma también aquellos que, aparentemente, ni siquiera han tenido la idea de transformar el mundo.

Vicente Aleixandre llegó tarde —éestas son sus propias palabras— al campo abierto de la poesía, puesto que, todavía en aquel entonces, y por espacio de ocho largos años, sólo escribió en secreto. Pero no tardó en alinearse junto a sus compañeros españoles de la generación mencionada.

Puedo considerarme afortunado. Por pura casualidad, me hallé en Madrid en octubre de 1977, cuando fue adjudicado el Premio Nobel de Literatura y, gracias a los buenos oficios del profesor Carlos Bousoño, tuve la oportunidad de hablar con Vicente Aleixandre. No sé si se han dado cuenta ustedes del gran parecido existente —a pesar de las marcadas diferencias— en los rasgos fisonómicos entre Aleixandre y el retrato de Góngora pintado por Velázquez. Yo quería escuchar, del poeta mismo, su opinión acerca del desenvolvimiento de su poesía. «La primera etapa de mi poesía —respondió— es donde el poeta considera al hombre en su inserción en el cosmos, en el universo... Yo diría que el hombre está allí estudiado, considerado, o cantado en cuanto cosmos, en cuanto materia misma de la vida total del mundo. Y la segunda parte de mi poesía es una variación del enfoque. La unidad del universo, la universalidad del mundo que yo canto sigue permaneciendo. Pero en la segunda mitad yo he hecho una translación de enfoque y de perspectivas, para cantar y considerar al hombre inserto no en el cosmos, como antes, sino enfocado en cuanto forma parte de una sociedad, o sea, en cuanto forma parte de una humanidad, en cuanto está entre los demás hombres.»

Pero tras estas sencillas palabras, formuladas casi para uso escolar, o para un manual de la historia de la literatura, se delínean los contornos de una inusitada y hasta entonces completamente nueva visión, de un nuevo concepto filosófico que va más allá de la realidad histórica existente del siglo XX. Una nueva perspectiva espiritual. «El hombre enfocado en cuanto forma parte de una sociedad», dice Aleixandre, pero puntualiza inmediatamente el pensamiento expresado: «o sea, en cuanto forma parte de una humanidad, en cuanto está entre los demás hombres». Para él, la sociedad no significa únicamente una estrecha, restringida y delimitada sociedad, compuesta de grupos o clases, ni es la sociedad de una nación, digamos la sociedad española, sino la sociedad de todos los humanos, la humanidad entera.

Vicente Aleixandre nació en Sevilla, estudió en Málaga y ha vivido su vida en Madrid, casi toda ella en este miserable y deslumbrante siglo XX, y en España. Empero, su poesía apenas si tiene algo que ver con el presente, parcelado en naciones, del siglo XX,

sino que señala hacia un futuro humano racional, hacia una indivisible y unida humanidad.

García Lorca—hablando de esa misma cuestión—dice en 1936: «Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo, hermano de todos. Desde luego, no creo en la frontera política.»

Vicente Aleixandre ya ni siquiera dice esto. Tampoco tiene que decir que es español. Claro que lo es, no podría ser otra cosa. Es español de un modo tan patente que es superfluo el afirmarlo o reforzarlo. Pero ese indecible e innato españolismo no le lleva a separarse de los de otras nacionalidades, de franceses, alemanes, africanos o chinos (aunque esos conceptos tienen justamente como fin el establecer una diferenciación), sino que le enlazan con ellos. «El poeta canta por todos», dice en el título de uno de sus versos. Escribe en español, habla en español, pero su voz es la voz de toda la humanidad, la voz de la sociedad humana universal. «La voz que por tu garganta, desde todos los corazones esparcidos se alza limpiamente en el aire. Y para todos los oídos. Sí. Mírales cómo te oyen. Se están escuchando a sí mismos. Están escuchando una única voz que les canta.» En su poesía, las palabras brotan—y a medida que pasa el tiempo con redoblada intensidad—como un manantial mágico que renace una y otra vez: cosmos, mundo, telúrico, universo, humano, común, comunicación, colectivo. En la poesía de Aleixandre, el hombre no vive sólo entre los límites y fronteras de un lugar o de un país, sino que, en primer lugar, sólo como una parte del cosmos, como un importante y esencial elemento del mismo; luego—y considera muy importante el acentuar este concepto básico de su poesía—la universalidad del mundo que canta sigue permaneciendo, sólo en enfoque, la perspectiva cambia al considerar al hombre como parte de una unificada sociedad humana. Y él mismo, el poeta, es uno entre los demás hombres. Su voz «es la voz de los que te llevan, la voz verdadera y alzada donde tú puedes escucharte, donde tú, con asombro, te reconoces».

«Con asombro». Claro, porque hasta ese reconocimiento ha sido recorrido un largo camino de desarrollo poético. Aleixandre, como lo demostró ya en *Ambito*, es un perfecto maestro del oficio de poeta. Tras de su verso no sólo descubrimos ciertas, magistralmente adaptadas, soluciones poéticas de Juan Ramón Jiménez. Tal vez, como dijo, para él Góngora «no era el preferido individualmente», pero en las catorce líneas dedicadas a fray Luis de León y escritas en aquel tiempo demostró que era capaz de escribir un soneto que ni siquiera el ojo más experto podría diferenciar de los sonetos de aquél.

*¿Qué linfa esbelta, de los altos hielos  
hija y sepulcro, sobre el haz saliente  
rompe sus fríos, vierte su corriente,  
luces llevando, derramando cielos?*

Que baste este cuarteto. Pero, al igual que Jiménez, Góngora —con cuya fisonomía tan sorprendente parecido presenta la suya— no fue para éste más que «una lección de ser poeta».

Sólo en un tomo publicado más tarde, pero que es el segundo cronológicamente desde el punto de vista de su desarrollo poético, en el titulado *Pasión de la tierra*, expresa su rebelión contra las formas tradicionales de la poesía; es un paso —un enorme paso— hacia adelante, hacia los requerimientos poéticos de la época. Y en ese tomo, en esos versos-prosasurrealistas, Aleixandre, que llegó tarde a alinearse entre sus compañeros de la promoción, alcanza a sus amigos y compañeros poetas de la sedicente Generación del 27. Yo no estoy de acuerdo con Vicente Aleixandre en lo que concierne a que *Pasión de la tierra* «supuso una ruptura, la única violenta», en su poesía. Ruptura no era sólo un cambio de método para poder corresponder a las exigencias poéticas de la época. Tal vez resulte suficiente el que me refiera a los poemas escritos en aquel entonces por Rafael Alberti, Gerardo Diego o Juan Larrea, pero no olvidemos tampoco que fue también entonces cuando García Lorca escribió sus narraciones de tonos surrealistas, las piezas del *Teatro breve* o, más tarde, los poemas de *El poeta en Nueva York*. Y las piezas de *Pasión de la tierra* fueron hechas con esa misma materia poética, si bien los miembros de esa generación se diferencian mucho entre sí en cuanto a personalidad.

La ruptura total —a mi parecer— se deja sentir en *Espadas como labios*. En los versos de ese tomo suelta ya completamente la atadura que en el principio le ligaba todavía a la poesía tradicional y, después, a la de sus compañeros de generación. En esos poemas se desprende de todos los habituales accesorios decorativos de la poesía. Abandona la forma, la rima, la musicalidad, la metáfora clásica y hasta la lógica de la composición. No guarda más que su propio estilo desnudo. Como él mismo dice: «Exactamente porque el estilo es el hombre, el estilo es el poeta. Quiere decirse que aquél —el estilo— no brota desde una *periférica* voluntad de arte, sino desde la misma representación del mundo impresa en el psique del creador. Como en el habla el hombre no piensa sino con las palabras, en la poesía el poeta no piensa sino con el estilo.» Los poemas de *Espadas como labios* son ya él. Aleixandre. Inequívoca e inconfundiblemente. Es esa voz, ese lenguaje, ese estilo del que Federico Carlos